



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Muñoz Molina
Como la sombra que se va

1

El miedo me ha despertado en el interior de la conciencia de otro; el miedo y la intoxicación de las lecturas y la búsqueda. Ha sido como abrir los ojos en una habitación que no es la misma en la que me quedé dormido. En el despertar duraba todavía el pánico del sueño. Yo había cometido un delito o estaba siendo perseguido y condenado a pesar de mi inocencia. Alguien apuntaba hacia mí una pistola y yo estaba paralizado y no podía defenderme ni huir. Antes de que termine de disolverse la consciencia ya está empezando a urdir sus historias y sus decorados el novelista secreto que cada uno lleva dentro. La habitación en sombras era cóncava y de techo bajo como una cueva o un sótano o el interior de un cráneo en el que se aloja el cerebro de ese alguien que no soy yo, una conciencia enfebrecida por demasiadas horas de lectura o de cavilación solitaria, con toda su memoria, sus particularidades físicas, la galería de las imágenes de su vida, su propensión a las taquicardias, a creer que ha contraído enfermedades mortales, un cáncer, una angina de pecho, el hábito de esconderse y de huir.

He despertado y por un momento el lugar donde es-

toy se me había olvidado y yo era como él o era él porque estaba teniendo un sueño más suyo que mío. Me desconcertaba la incapacidad de reconocer el dormitorio en el que apenas dos horas antes me había dormido; no podía hacerme una idea de la disposición de la cama, la ventana y los muebles, ni de mi lugar en su espacio desconocido de repente; incluso me costó recordar en qué ciudad estaba. Eso le pasaría a él con frecuencia, después de haber dormido y despertado en tantas a lo largo de poco más de un año de huida, trece meses y tres semanas exactamente, en cinco países, unas quince ciudades, dos continentes, por no hablar de las habitaciones en moteles a la orilla de una carretera, y de las noches arrebujado como un animal contra el tronco de un árbol, o debajo de un puente, o en el asiento trasero del coche, o en el de un autobús con olor a humo de tabaco y a plástico que para en el aparcamiento subterráneo de una estación a las tres de la madrugada; o esa noche de sobresalto, la primera en su vida que pasaba entera en un avión, la primera que volaba, paralizado por el miedo, mirando muy abajo, como al fondo de un abismo, por la ventanilla ovalada, la superficie del océano, su brillo oleoso de tinta a la luz de la luna.

El sueño del que he despertado podía ser suyo, aunque él no apareciera. He pasado demasiadas horas sumergido en su vida, días ya, desde que llegué a Lisboa. Basta teclear unos segundos en el portátil para internarse en los archivos donde se conserva el testimonio de casi todas las cosas que hizo, los lugares donde estuvo, los delitos que cometió, las cárceles en las que cumplió condena, hasta los nombres de mujeres con las que pasó una noche, o con las que tomó algo en la barra de un bar. Sé qué revistas y qué novelas leía y de qué marca era la bolsa

de galletas saladas que dejó abierta y a medio consumir en una habitación alquilada de Atlanta en la que no llegó a inscribirse en el registro, porque el dueño estaba tan borracho que no se lo pidió. Páginas fotocopiadas y escaneadas de expedientes viejos contienen la lista de las prendas de ropa sucia que entregó en una lavandería de Atlanta el 1 de abril de 1968 y recogió la mañana del 5 de abril o el informe forense sobre la trayectoria de la bala que disparó la víspera, el día 4, en Memphis, en el cuarto de baño de una casa de huéspedes, apoyando en el alféizar el cañón de un rifle Remington 30.06, o la declaración del cirujano plástico que le operó la punta de la nariz en Los Angeles, o la copia de una huella dactilar que dejó en un cupón de compra por correo recortado de una revista de fotografía.

Hasta la vida más clandestina va dejando tras de sí un rastro indeleble. En esa época los anuncios de las revistas solían incluir boletines de pedido, con cuadrículas donde escribir las letras de un nombre o una dirección y líneas de puntos sobre las que se trazaba la firma. Lo inabarcable de la realidad impone en la misma medida el asombro y el insomnio. Es asombroso todo lo que se puede llegar a saber de una persona de la que en el fondo no se sabe nada, porque nunca dijo lo que más habría importado que dijera: un hueco oscuro, un espacio en blanco; una fotografía en una ficha policial; las líneas toscas de un retrato robot hecho a base de testimonios fragmentarios y recuerdos imprecisos. Se alimentaba de café instantáneo calentado con una bombilla sumergible, de leche en polvo, de latas de judías, de patatas fritas untadas en mostaza o en aliño de ensalada Kraft. Frecuentaba las cafeterías más baratas y tomaba hamburguesas con mucha cebolla y mucho beicon y ketchup y queso y se llenaba la boca de

puñados de patatas fritas. Había quien lo recordaba sin vacilación como zurdo y quien estaba seguro de haberlo visto usar siempre la mano derecha, para firmar y para sostener cigarrillos. En algunas descripciones policiales tiene el pelo castaño claro; en otras, negro, empezando a agrisarse en las sienes. Tenía una pequeña cicatriz en el centro de la frente y otra en la palma de la mano. Lo recordaban fumando, el cigarrillo entre los dedos de la mano derecha, en la que había, en el dedo anular, una piedra verde oscuro con una armadura de oro. Pero no fumó nunca ni llevó anillos. Un anillo podría ser uno de esos detalles que facilitan el recuerdo y hacen posible una identificación. Nunca se hizo tatuajes.

Me quedé hasta muy tarde buscando sus rastros por la memoria insomne de internet y estaba tan saturado cuando apagué la luz que me escocían los ojos y me volvían a la imaginación fechas, nombres, hechos mínimos dotados de la consistencia quitinosa de lo real, lo que nadie puede inventarse. Para mantenerse en forma en la prisión aprendió a caminar cabeza abajo apoyándose en las dos manos y a comprimirse en espacios muy reducidos adoptando posturas complicadas de yoga. Aumentaba y disminuía de peso con facilidad. Continuamente se tomaba fotos con una cámara Polaroid que conservó hasta el final: con gafas de sol, sin ellas, con gafas graduadas, siempre de lado, en escorzo, nunca de perfil, porque el perfil era demasiado característico, incluso después de la operación en la nariz, ni tampoco de frente, para que no se vieran las orejas demasiado separadas. Mandaba fotos a clubes de contactos, imaginando que al ser tan variadas entre sí favorecerían la confusión cuando llegara el momento inevitable de la cacería contra él. En una academia de hostelería de Los Angeles aprendió a mezclar ciento

veinte cócteles distintos. Durante varios meses siguió con puntualidad un curso de cerrajería por correspondencia impartido en una escuela de Nueva Jersey. Entre sus papeles se encontró un folleto sobre las ventajas de la cerrajería como profesión con futuro. Cuando tenía nueve o diez años se despertaba todas las noches con sueños pavorosos, más asustado todavía por sus propios gritos. Soñaba que se había quedado ciego. Se esforzaba por despertar y abría los ojos y no podía ver, porque había desembocado en otro sueño sucesivo de ceguera. Le daba tanto miedo volver a dormirse y que las pesadillas regresaran que procuraba seguir despierto hasta que amanecía. Oíría en la oscuridad los ronquidos de borrachos de su padre y de su madre, echados el uno sobre el otro como fardos en el colchón sin mantas ni sábanas, tapados con harapos y chaquetones viejos. En los jergones tirados sobre el suelo de tablas medio arrancadas dormían arracimados sus hermanos como una camada numerosa, comidos de piojos y chinches, hambrientos, muy apretados contra el frío en invierno, en la habitación única donde humeaba tóxicamente una estufa vieja.

He llegado a saber tanto de él que me parece recordar cosas de su vida, lugares que él vio y yo nunca he visto, el desierto de Nevada atravesado por una carretera recta que lleva a Las Vegas, las calles de casas bajas y pavimento de tierra y arena de Puerto Vallarta, los corredores resonantes de una prisión con muros de piedra y torreones de castillo y sombrías bóvedas góticas, la silueta baja del Lorraine Motel visto desde la ventana de un cuarto de baño en el que huele a sumidero y a orines, más allá de un solar invadido por la maleza y la basura, en un vecindario degradado casi a las afueras de Memphis.

He decidido que sin más remedio debo viajar a Memphis. He anotado la dirección del hotel de Lisboa en el que pasó diez de los días de su huida hace cuarenta y cinco años. Buscando en Google he descubierto que el hotel existe todavía y que si quiero tardaré menos de quince minutos en llegar. En ese momento lo que hasta entonces sólo existía en la imaginación se ha convertido en realidad inmediata. Me ha despertado un sueño de persecución, de peligro y vergüenza que podría ser suyo y que sin duda han instigado mis averiguaciones sobre él, que me hicieron acostarme muy tarde, disipando el sueño al que me resistía, hechizado por la pantalla del portátil, inclinado sobre él, en el escritorio en el que trabajo desde hace días, pocos aún y sin embargo suficientes para envolverme en un hábito, en sus capas sucesivas, el escritorio y el apartamento, la calle, la esquina que se ve desde la ventana, el tranvía que frena al bajar por la cuesta y hace sonar una campana, los tejados de la ciudad, los muros caridosos de los edificios, el nombre que no decía asiduamente desde hace demasiados años, Lisboa.

El dormitorio tiene una ventana por la que entra muy poca luz porque da a la parte trasera de un edificio abandonado. Se ve una galería acristalada, barandas de hierro mordidas por la humedad y el óxido. Más allá del marco descolgado de una puerta hay un corredor que se pierde en la oscuridad y del que viene siempre un rumor de palomas. Las palomas han colonizado la casa contigua colándose por los cristales rotos de las ventanas. Entre las baldosas de la galería crece la maleza. A este lado la ruina no llega, aunque nuestro dormitorio esté sólo a unos pasos, en este edificio restaurado hace poco, en el que todo tiene el atractivo de lo recién hecho y al mismo tiempo la

solidez de la construcción antigua, los muros anchos, los espacios generosos. La gangrena del deterioro y el derrumbe avanza muy rápido en las ciudades viejas junto al mar. La casa de al lado donde se refugian las palomas y donde se filtrará el agua de la lluvia en goteos nocturnos es el reverso fracasado de ésta, la parte en sombra de la ciudad que pertenece a la ruina. A este lado, en lo que ahora es nuestra casa, donde al cabo de unos pocos días ya nos parece que llevamos un tiempo largo viviendo, las habitaciones son altas y diáfanas y huelen a nuevo, las tablas recias del suelo dan a los pasos un crujido de maderas de barco. La cama grande, las sábanas limpias y gratas al tacto, las almohadas henchidas, la luz de las lámparas de noche tamizada por globos de papel con una consistencia de pergamino translúcido, tu presencia junto a mí y en el espejo, en la penumbra que siempre te gusta modular, echando cortinas, apagando luces, dejando puertas entornadas. Recobrando paso a paso la conciencia de lo que me rodea he sentido que se disipaba el espanto duradero de la pesadilla.

He salido tanteando las paredes, escapando del calabozo del sueño. Me he quedado un momento perdido en el pasillo, desorientado, encontrando un muro en lugar del hueco que esperaba, el de la puerta del salón. Mi cerebro no está adiestrado todavía para guiar mis pasos a ciegas. El mapa imaginario del apartamento se ha descabalaado. Nada es más fácil que sentirse de repente perdido; más fácil para mí, al menos. Un sonido a mi espalda me hace dar media vuelta: al ponerse en marcha el motor del frigorífico la cocina ha ocupado un lugar inesperado e indudable y le ha devuelto al espacio su disposición verdadera. El mundo es un laberinto tembloroso de signos,

descargas eléctricas, ondas sonoras, fogonazos brevísimos en la oscuridad. El cerebro lo recrea entero en su caja hermética, encerrado bajo su bóveda de hueso. Él creía que era posible guiar desde lejos los pasos y los actos sonámbulos de un hipnotizado, inocularle la orden de cometer un asesinato o poner una bomba o asaltar un banco.

Ahora sí encuentro al tacto la madera tallada del umbral del salón, y a partir de ella, puedo reconstruir sin incertidumbre el espacio completo que todavía no veo, la mesa de trabajo a la derecha, el sofá a la izquierda, al fondo la ventana que da a la calle. Al mismo tiempo la retina dilatada recoge fotones dispersos que van completando el tapiz de la percepción, restituyéndole sus tres dimensiones. El viento ha debido de cerrar los postigos de la ventana y por eso no entraba por ella ninguna luz. Al pasar la mano por el filo del escritorio he rozado las teclas del portátil y se ha encendido la pantalla, un fanal blanco que ilumina la habitación con claridades lunares. A él le gustaba mucho escribir a máquina. Había aprendido mecanografía mientras cumplía una condena de dos años en la prisión federal de Leavenworth, a mediados de los cincuenta. En algún lugar del archivo sin límites estará tal vez el recibo de la compra y la marca de la máquina que él usaba. La tiró por la ventanilla del coche mientras conducía a toda velocidad desde Memphis a Atlanta, oyendo a lo lejos o imaginando que oía sirenas de coches policiales. Tiró la máquina de escribir, la cámara Super 8, el proyector, varias latas de cerveza vacías. Tiraba cosas por la ventanilla y las veía quedarse atrás en el espejo retrovisor. Tengo la lista de todo lo que llevaba consigo y no tiró desde el coche, un Mustang del 66 con matrícula de Alabama; y la de las cosas que había en la maleta de plástico azul que dejó caer al mismo tiempo que el rifle antes de

salir huyendo, y las que se encontraron luego en el maletero y en el suelo del coche, hasta los pelos y los restos de espuma seca adheridos a las hojas de una maquinilla de afeitar desechable. Sé de memoria cada uno de los nombres sucesivos que usó y fue descartando como identidades caducadas. Voy viendo su figura formarse delante de mí, su sombra, su biografía entera, hecha de esos detalles mínimos, uno por uno, teselas quebradas en esos mosaicos de las aceras de Lisboa.

Por una de ellas he subido una mañana, una de las primeras, Rua dos Fanqueiros arriba, con mi mapa de la ciudad y una hoja de cuaderno en la que había copiado el itinerario de Google Maps. He salido del apartamento sin decirte a dónde iba, con una sensación de clandestinidad, casi de pudor y vergüenza. Parece que hay algo muy pueril en los primeros pasos de la invención de una historia, o ni siquiera eso, al menos todavía, en el comienzo de una búsqueda que no se sabe a dónde llevará. He entrado en una papelería con la intención más propiciadora que práctica de comprar un cuaderno. Al encontrar uno que me gusta mucho caigo en la cuenta de que estuve en esta misma librería hace un año y compré un cuaderno idéntico en el que sólo escribí la fecha, 2 de diciembre. He pasado junto a tiendas espectrales de tejidos, junto a tiendas abandonadas y cerradas, todavía con sus letreros dibujados en una caligrafía moderna de hace medio siglo, junto a fruterías de verduras mustias atendidas por nepalíes o pakistaníes, junto a portales clausurados de los que procedía un olor a pozo y a abandono, junto a fachadas con desconchones en los frisos de azulejos, junto a dependientes parados en el escalón de sus tiendas y vestidos con trajes tan rancios como los de los maniqués de sus

propios escaparates, esperando a que alguien entre con una paciencia semejante, hecha del hábito de la espera y de la inmovilidad, junto a farmacias con mostradores de mármol y estanterías de madera labrada, junto a otras tiendas de ropa que se volvían más modernas según me iba acercando a la Praça da Figueira, con su rey de bronce a caballo.

He visto un hospital de muñecos que vi aquí mismo por primera vez hace veintiséis años. La plaza idéntica y los mismos tranvías y el mismo sol suave de la mañana de noviembre y los mismos olores a pastelería y a castañas asadas disipan durante unos segundos la conciencia del tiempo. Qué raro de pronto ser ese hombre, entrado en años, de pelo gris y barba gris que me mira en un escaparate. Pero más raro todavía es haber sido el hombre joven de entonces, mucho más joven de lo que él creía que era, tan sin hacer todavía como un adolescente, padre de un hijo de tres años y de otro recién nacido, con esa cara que quien me conozca sólo de ahora probablemente no identificaría, más nervioso, más agitado por dentro, encendiendo cigarrillos y aspirando el humo con caladas profundas, armado con un cuaderno y un mapa, como yo esta mañana, ignorante de su porvenir inaudito, y sobre todo de la extensión del porvenir, ajeno a tu existencia. Lo que tenemos en común él y yo en esta mañana que podría ser tan de ahora mismo como de hace treinta años, en esta luz sin tiempo, es que los dos andamos por Lisboa buscando fantasmas, los suyos más ilusorios que los míos. El fantasma que yo busco pisó de verdad esta misma acera, atravesó esta plaza, dobló la esquina con una placa en la que yo ahora me fijo casi con un estremecimiento, Rua João das Regras.

En un libro, en un reportaje del periódico, el nombre

y el número de una calle dan más o menos lo mismo, detalles superfluos. Tener ese lugar cerca y saber que puede llegarse a él vuelve asombroso y real lo que en la lectura fue casi una ficción. Rua João das Regras, número 4. Mientras subía por la Rua dos Fanqueiros me veía a mí mismo llegando al hotel Portugal, empujando una puerta giratoria con cantos dorados, pisando una moqueta gastada pero todavía no indigna, quizás sentándome en un sillón, en un vestíbulo que imaginaba en penumbra. El hecho de entrar en el hotel daría un anclaje físico a todas mis especulaciones, volvería tangible lo que hasta ese momento pertenecía a las ensoñaciones y a los duermevelas de los libros.

He leído en internet opiniones recientes de huéspedes sobre el hotel Portugal. He leído que las habitaciones son pequeñas y las instalaciones anticuadas y que desde antes del amanecer hasta después de la noche se nota en los pisos menos altos el retemblar de los trenes en la estación de metro cercana. Él ocupó una habitación en el primer piso, la número 2. Eso también lo sé. Frente a la cama había una cómoda con un espejo, con una repisa de mármol. He visto una foto de la habitación en un número de la revista *Life* de junio de 1968. Olería a madera vieja y quizás a polvo cuando abriera un cajón para guardar sus cosas. Dormía muy mal y la vibración de los trenes le agravaría el insomnio. Los edificios son altos y el sol de la plaza cercana no llega a la Rua João das Regras. Empiezo a recorrerla buscando el número 4 pero se acaba en seguida y parece que ese número no existe. La realidad que estaba a punto de tocar se me ha desvanecido. Veo una gran ferretería antigua, con todo tipo de llaves, candados y cerraduras en el escaparate. Él lo observaría al pasar, adiestrado en ese tipo de herramientas por su cursillo de

cerrajería. Pero en ninguna parte distingo el letrero del hotel Portugal, entre dos filas de balcones, según he visto en las fotos. Le pregunto a un camarero parado en la puerta de un bar y me señala una fachada cubierta por andamios y lonas. El antiguo hotel Portugal cerró y el edificio está en obras, vaciado por dentro. Lo van a convertir en un hotel de lujo.

